

Artículos

El martirio en la Iglesia

José María Castillo*

Resumen

Primero precisa semánticamente el término martirio y enfatiza el sentido polémico del testimonio, algo fundamental para entender lo que significa el martirio en los evangelios y en la Iglesia. El testimonio cristiano es martirio porque significa ponerse del lado del hombre, sobre todo del pobre y del marginado. Por lo tanto, es declararse en contra de quienes oprimen a los pobres y marginados. Por eso mataron a Jesús y por eso siguen habiendo mártires.

Voy a empezar haciendo una precisión semántica. Quiero, ante todo, fijar y precisar los términos que vamos a utilizar. La palabra "martirio" viene del griego *martyrion*, que significa testimonio o prueba. Lo mismo que *martyría*, testimonio; el verbo *martyréo*, testificar; o *mártys* que significa testigo.

En el mundo griego, este grupo de palabras tiene claramente su ambiente originario en la *vida jurídica*. Los testigos son presentados como pruebas en un proceso con vistas a hechos ocurridos; o bien son aducidos en calidad de testigos solemnes, de cara a una corroboración futura, para asuntos

de derecho o para la confirmación solemne en los ajustes de pactos. O sea, que originalmente los vocablos de este grupo aparecen siempre, tanto en la vida jurídica como en las relaciones privadas y públicas, para el testimonio fundado en la experiencia inmediata de procesos concretos, de relaciones reales o de hechos generales de experiencia. Subrayo la relación entre el *martyrion* y el *testimonio*. Lo uno es siempre lo otro.

Pero queda todavía un aspecto importante por destacar: gramaticalmente, el testigo con su testimonio se presenta siempre *en favor* de alguien, y por eso justamente *en contra* de otro. Y esto, en el

* José María Castillo es doctor en teología por la Universidad Gregoriana de Roma, profesor de teología de la Facultad de Teología de Granada y profesor invitado de las universidades Gregoriana (Roma) y de Comillas (Madrid). Su libro *Alternativa cristiana* fue clave para la renovación de la teología en España e influyó mucho en América Latina. A comienzos del año pasado, cuando tuvo algunos problemas en Granada, los padres Ellacuría y Sobrino lo invitaron a venir al Centro de Reflexión Teológica de la UCA. En febrero de 1990, después de la masacre, aceptó la invitación.

fondo, significa lo siguiente: el testigo une su fuerza anímica con aquel a favor del cual testimonia para ayudarlo a triunfar, o sea que, propiamente, interviene más a favor de una parte que no para esclarecer lo dirimido. Este sentido polémico del testimonio es fundamental para entender lo que significa el martirio en los evangelios y en la Iglesia. Porque, hay que decirlo desde ahora, en esta vida, a nadie lo matan por ser bueno. Si a uno lo matan es porque se ha puesto en contra de alguien. Por eso mataron a Jesús. Y por eso, de una manera o de otra, han matado a todos los mártires de la historia. Esto es fundamental para empezar a enterarnos de lo que es el martirio. Más adelante sacaremos las consecuencias de ello.

El primer mártir, el jefe de fila de todos los mártires, es Jesús mismo. El lo afirma ante Pilato: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio en favor de la verdad" (Jn 18, 37). Jesús, por tanto, es el mártir de la verdad. Y la verdad es, en el evangelio de Juan, la realidad divina en cuanto se manifiesta y puede

ser conocida por el hombre. Ahora bien, lo que el hombre percibe de esa realidad divina es que ella es un amor sin límite. Ese amor es, por tanto, la verdad de Dios. Pero todos sabemos perfectamente que ese amor alcanza su momento culminante de expresión en la cruz. Por eso Jesús es el testigo de la verdad, es decir, el mártir de la verdad.

Jesús, por consiguiente, es el que se pronuncia decididamente en favor del amor al hombre, sobre todo al más necesitado de amor, el pobre. Y por eso, precisamente, se pronuncia en contra de todos los que explotan y oprimen al hombre. Ese es exactamente el sentido que tiene el enfrentamiento de Jesús con los dirigentes religiosos y políticos de su pueblo de ese tiempo. Jesús, en efecto, se opone al sábado y a las leyes que anteponen los intereses de la institución al bien del hombre; Jesús se declara en favor de los pecadores y marginados; Jesús afirma que él ha venido para dar la buena noticia a los pobres, para liberar a los cautivos y oprimidos, para dar la vista a los ciegos y limpiar a los leprosos (ver Lc 4, 18). Y además,



Si a uno lo matan es porque se ha puesto en contra de alguien.

sobre todo, Jesús declara que todo eso es más importante que la institución y sus intereses. Más aún, Jesús denuncia como asesinos, hipócritas y embusteros a los sumos sacerdotes, a los senadores, a los notables de aquella sociedad, que oprimían al pueblo y se aprovechaban de los débiles. Por eso vino inevitablemente el enfrentamiento mortal. Y por eso Jesús fue el testigo de la verdad, el mártir de la verdad de Dios.

Esta es la razón por la que el testimonio cristiano es martirio. Es decir, por eso el testimonio cristiano acarrea la persecución y la muerte. Porque es lo mismo que declararse en favor del hombre, sobre todo en favor del pobre y del marginado. Y lógicamente es también declararse en contra de los que oprimen a los pobres y marginados. Por eso mataron a Jesús. Y por eso Jesús es el testigo de la verdad y del amor.

Ahora bien, la muerte y el destino de Jesús es la muerte y el destino de los que siguen a Jesús. Los discípulos de Jesús tienen que ser, ante todo, testigos de la verdad, como él lo fue. Es decir, mártires del amor a los pobres de la tierra. Jesús mismo lo dijo con toda claridad: "Ustedes son mis testigos" (Lc 24, 48). Es decir, ustedes son mis mártires. Mártires de mi causa, que es la causa de los pobres. Por eso, Jesús insiste en el tema de la persecución unido al tema del testimonio: "Miren que yo les mando como ovejas entre lobos; por tanto, sean cautos como serpientes e ingenuos como palomas. Pero tengan cuidado con la gente, porque les llevarán a los tribunales, les azotarán en las sinagogas y les conducirán ante gobernadores y reyes por mi causa; así darán ustedes testimonios ante ellos y ante los paganos" (Mt 10, 16-18). Estas palabras están tomadas literalmente del discurso de Jesús sobre la misión. Y quieren decir que, según la teología de Mateo, la misión cristiana, en defensa y propagación del evangelio, lleva consigo inevitablemente el ser arrastrados ante los tribunales, el ser torturados, y, de esa manera, el ser testigos de Jesús, es decir, ser mártires de su causa. Por eso, el mismo Jesús añade a continuación: "Un hermano entregará a su hermano a la muerte y un padre a su hijo; los hijos denun-

ciarán a sus padres y los harán morir. Todos los odiarán por causa mía" (Mt 10, 21-22). Es decir, la causa de Jesús, que es la causa de los pobres, va a desencadenar un odio de tal manera general, que hasta los seres más queridos les entregarán a la muerte. La causa de los pobres es cortante como espada de dos filos. Ella es la causa de la unión de todos los que siguen a Jesús. Pero es también, y por eso mismo, la causa de los enfrentamientos más brutales. Lo estamos viendo aquí mismo en El Salvador: familias divididas y enfrentadas, el odio y la persecución hasta causar la misma muerte.

La tentación lógica, en tales circunstancias, es el miedo. Y Jesús previene a sus discípulos en este sentido. Hasta cuatro veces se repite la palabra "miedo" en tres párrafos breves del discurso de Jesús: "no les tengan miedo, que nada hay cubierto que no deba denunciarse, ni nada escondido que no deba saberse"..., "tampoco tengan miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar la vida; teman si acaso al que puede acabar con vida y cuerpo en el fuego"... "Con que no tengan miedo, que ustedes valen más que todos los gorriones juntos" (Mt 10, 26-31).

Es más, cuando Jesús describe lo que será la suerte del evangelio en la historia, insiste en el tema del testimonio y el martirio quizá con más fuerza: "les entregarán al suplicio y les matarán, por mi causa les odiarán todos los pueblos; entonces fallarán muchos, y se delatarán y se odiarán unos a otros" (Mt 24, 9-10). El odio, la denuncia, la tortura y la muerte serán el destino y la suerte de los testigos del evangelio. Y es importante tener en cuenta que estas palabras de Jesús están dichas en el centro mismo del discurso en el que el mismo Jesús predice lo que será la suerte que va a correr el evangelio en la historia.

La razón de este enfrentamiento está genialmente descrita por el evangelio de Juan. En efecto, el cuarto evangelio pone el dedo en la llaga cuando describe lo que será el odio del mundo a los ministros del evangelio. Las palabras de Jesús, en este sentido, son tajantes: "Cuando el mundo

les odie, tengan presente que primero me ha odiado a mí. Si ustedes pertenecieran al mundo, el mundo les querría como a cosa suya, pero como no le pertenecen, sino que al elegirles yo les he sacado de él, el mundo les odia" (Jn 15, 18-19). En la terminología del evangelio de Juan, el mundo, en sentido negativo, es la humanidad en cuanto estructurada en un orden socio-religioso enemigo de Dios. Es el orden éste, el sistema. Que se basa en la pasión por el dinero, el poder y el prestigio (ver 1Jn 2, 16). Por eso, el mundo es violencia y mentira, odio a Jesús y a los que siguen a Jesús.

La expresión suprema de este odio es cuando se mistifica en odio religioso. Y miente y mata porque piensa que así defiende los valores supremos: "Dios, Unión, Libertad", exactamente como reza el lema que porta la bandera de El Salvador. En este caso, adquieren especial expresividad las palabras de Jesús: "Les dejo dicho esto para que no se vengan abajo: les expulsarán de las sinagogas, es más, llegará el día en que les maten pensando que así dan culto a Dios. Harán eso con ustedes porque no nos reconocen ni al Padre ni a mí, y se lo dejo dicho para que se acuerden de mi aviso cuando llegue la hora" (Jn 16, 1-4).

Exactamente, por defender la bandera en la que se lee "Dios, Unión, Libertad", por eso asesinaron a los mártires de la UCA. Así se cumplió al pie de la letra la palabra de Jesús: "llegará el día en que les maten pensando que así dan culto a Dios". Quienes creen en ese dios, adoran a un dios que acepta como culto la muerte del hombre.

Sin duda alguna, según el espíritu y la letra del evangelio, la muerte violenta no es una excepción para los cristianos. Todo lo contrario: el que es fiel testigo de Cristo, tiene que contar con el martirio, no ya como una posibilidad hipotética, sino como una probabilidad que se le puede presentar en cualquier momento. En la medida en que somos fieles al testimonio evangélico, es decir, en la medida en que somos testigos de la verdad, en esa misma medida corremos el peligro de seguir el mismo destino que sufrió el Señor Jesús: el destino de la incompreensión, la denuncia, la tortura y la muerte. En este sentido, hay que decir que la muerte violenta de un obispo o de unos jesuitas no

debería ser noticia. Debería ser un hecho común y corriente. Cuando asesinaron a Monseñor Romero, yo escribí un artículo en la prensa en el que decía que la muerte normal de los obispos suele ocurrir en la tranquilidad y en la paz; pero que no debería ser así. Los obispos son los sucesores de los apóstoles. Pues deberían serlo con todas sus consecuencias. No sólo sucesores en la dignidad y en la autoridad, sino también en la muerte violenta que sufrieron los apóstoles. Y lo que digo de los obispos, vale también, en su debida proporción, para los sacerdotes y los religiosos, para los cristianos comprometidos, para todos los que afirman que siguen a Jesús.

Esta mentalidad martirial fue enteramente familiar a los cristianos de los tres primeros siglos. De tal manera que los primeros escritos de espiritualidad cristiana fueron, junto a los tratados sobre la virginidad, las exhortaciones al martirio. A este respecto, resulta tónico el recuerdo de san Ignacio de Antioquía, el cual escribe su Carta a los romanos porque teme que los cristianos de Roma intervengan en su favor ante los magistrados y le impidan recoger la palma del martirio. Sus palabras ardientes son la expresión más patética de lo que el martirio representaba para Ignacio: "Permítanme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo" (Romanos IV, 1). Otro ejemplo memorable lo tenemos en Orígenes: a la edad de dieciocho años, hacia el 202, no dudó en escribir a su padre, encarcelado por la fe, que no mudara de opinión pensando en su mujer y en sus siete hijos menores de edad, y no temió asistir, en cuanto le era posible, a los "confesores" de la fe, visitándolos en las cárceles, acompañándolos mientras eran conducidos al tribunal o al lugar del suplicio, abrazándolos públicamente, etc. En el año 235 escribió una exhortación al martirio para sostener a sus amigos Ambrosio y Protector que habían sido arrestados. Finalmente, en la persecución de Decio (249-251), supo poner en práctica los consejos dados quince años antes, sufriendo el encarcelamiento y tormentos indecibles.

Pero hay, en todo este asunto, un punto funda-

El martirio por solidaridad con el pueblo pobre y marginado, es el martirio característico de nuestro tiempo.

mental, que interesa precisar. Leyendo las actas de los mártires y las exhortaciones al martirio, que tanto abundaron en la Iglesia antigua, se advierte enseguida que los motivos principales, que impulsaron a los mártires de la Iglesia primitiva, eran fundamentalmente dos: por una parte, la defensa de la fe, que en el fondo era la defensa de una doctrina, la doctrina sobre el Dios verdadero frente a los falsos dioses del paganismo; por otra parte, influía también de manera decisiva, en aquellos mártires, el deseo de estar con Cristo y un solo temor, no poderse unir con él, como dice Gregorio de Nisa, hacia finales del siglo IV, en su *Sermón para los XL mártires*, 2. Y pienso que esos motivos, de una manera u otra formulados, han determinado, a lo largo de la historia, a los miles de mártires que han derramado su sangre por la fe y por Cristo. Ahora bien, pienso que el martirio, tal como se produce en América Latina desde hace unos veinticinco años, tiene una motivación distinta, al menos en buena parte. En América, los cristianos mueren hoy por solidaridad con los pobres y marginados de la tierra. En efecto, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, los laicos comprometidos, que han sido atormentados y asesinados en América Latina, en los últimos veinticinco años, han dado su vida porque defendían la causa de los pobres, es decir, porque propugnaban y luchaban por una sociedad distinta, una sociedad más justa, más igualitaria, más solidaria, más fraternal y más libre. Por eso, muchos de nuestros hermanos mártires han sido acusados de comunistas, de subversivos, de agitadores sociopolíticos, de tal manera que la ejemplaridad de su testimonio se ha visto, muchas veces, empañada y manchada con la duda y la sospecha de no pocas gentes religiosas e instaladas. Aquí de nuevo se puede repetir la frase evangélica que antes he citado: "llegará el día en que les maten pensando que así dan culto a Dios". Exactamente lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo, en no pocos casos, en América Latina.

Esta forma de martirio, quiero decir, el martirio por solidaridad con el pueblo pobre y margi-

nado, es el martirio característico de nuestro tiempo. Hoy difícilmente se mata a una persona porque tenga unas ideas religiosas determinadas. Nuestra sociedad es cada día más pluralista. Y en ese sentido, cada vez más tolerante. Y es previsible que este talante se irá acentuando progresivamente. Los fundamentalismos que se siguen dando, por ejemplo en ciertos sectores del islamismo, nos resultan cada día más chocantes y más inaceptables. Decididamente, los mártires de hoy y de mañana serán los mártires del pueblo, es decir, los que se solidarizan con el destino del pueblo sufriente y marginado. Los que unen su causa a la causa de los crucificados de la tierra, terminarán ellos también crucificados. Estos son y serán los mártires de nuestro tiempo.

Pero aquí quiero hacer una observación importante. No pensemos que los mártires de América Latina son únicamente o principalmente los obispos, los sacerdotes y los religiosos que han sido asesinados. Pensar eso, sería hacer una reducción indebida. Los principales mártires de la Iglesia latinoamericana son los campesinos masacrados, los indígenas torturados y asesinados, los miles de desconocidos que han perdido sus vidas por el solo delito de ser pobres que querían salir de su situación desesperada. Y no sólo los que han muerto. Pienso que también son mártires los miles y miles que mueren de muerte prematura porque no han tenido el alimento suficiente, la vivienda que necesita cualquier persona, las condiciones de higiene y salud que exige la dignidad de la persona humana. En este sentido, son muchos los miles y miles de mártires que hay hoy mismo en América Latina. Desde este punto de vista, les confieso sinceramente que lo que más me ha impresionado al venir a El Salvador ha sido palpar de cerca el grado de sufrimiento de este pueblo. Y al mismo tiempo, ver también la entereza y la constancia de un pueblo que no se entrega, sino que sigue adelante y es capaz de mantener aún viva su esperanza. Este es el gran martirio de nuestro tiempo. Martirio enteramente anónimo y desconocido, el martirio de los pobres, que mue-

ren, no de muerte natural, sino de muerte prematura e injusta.

Por otra parte, la dinámica de la historia, de la economía y de la política mundiales, nos hacen pensar fundadamente que la brecha entre ricos y pobres se va a ir haciendo cada vez más profunda. Lo cual quiere decir que las causas del martirio se irán acentuando en los próximos años, en vez de decrecer. Y eso significa dos cosas. Por una parte, que el número de mártires va a ir en aumento en los tiempos que se nos avecinan. Por otra parte, eso significa también que si la Iglesia es fiel al evangelio, será igualmente fiel a la causa de los pobres. Y por eso será necesariamente también una Iglesia de mártires.

La Iglesia de los tres primeros siglos fue una Iglesia martirial. En ella, efectivamente, el martirio no era un hecho extraordinario e infrecuente. Y así estuvieron las cosas hasta que en el siglo IV, debido al giro constantiniano, la Iglesia se instaló en las estructuras sociopolíticas del imperio. A partir de entonces, el martirio vino a ser una excepción. Y sigue siendo una excepción en todas partes donde la Iglesia se instala y vive en connivencia, más o menos manifiesta, con los poderes de este mundo. Es importante insistir en este punto: el martirio requiere un contexto eclesial determinado. Si la Iglesia vive en pacífica convivencia con los poderes de este mundo, difícilmente se va a producir en ella el hecho del martirio. Por el contrario, el martirio es frecuente, es un hecho casi normal, en aquellos contextos en los que la Iglesia vive en tensión y, de una manera u otra, en conflicto con los poderes mundanos. Por eso, el martirio ha sido y sigue siendo frecuente en América Latina. Porque en este continente, grandes sectores de la Iglesia se han puesto decididamente a defender la justicia y los derechos humanos de los trabajadores, de los campesinos, de los pobres en general. Y han defendido todo eso en condiciones sumamente conflictivas: dictaduras militares, gobiernos democráticos sólo en apariencia, desigualdades socio-económicas que claman al cielo, etc., etc. Evidentemente, en tales condiciones, lo extraño y lo escandaloso es que no hubiera habido persecución y martirio. Como es extraño y escandaloso que en otros ambientes, en

otros continentes y en otras iglesias no hay persecución y martirio, dado que también en esos sitios se atropellan los derechos humanos y se viola la justicia. Basta leer, en este sentido, los informes anuales de Amnistía Internacional. El mundo en el que nos ha tocado vivir es lo suficientemente injusto y lo suficientemente criminal como para que en él abundasen los mártires mucho más de lo que abundan.

Por otra parte, ya hemos visto, en los textos del evangelio que he citado antes, cómo el destino normal de los ministros del evangelio es la muerte violenta. Por eso, como ya he dichos antes, no tendría que ser noticia que asesinan a seis jesuitas. Estas cosas tendrían que ser normales, más frecuentes, más familiares a nuestros oídos. Entiéndanme: no quiero que maten a los obispos, ni deseo que asesinan a los jesuitas o a otros religiosos, quienes quieran que sean. Lo que quiero y deseo ardientemente es que los obispos, los jesuitas y todos los sacerdotes, religiosos y laicos conscientes de su fe, sean verdaderos testigos del mensaje de Jesús. Y entonces es seguro: si son verdaderos testigos del mensaje de Jesús, muchos de ellos serán mártires. Esto sí me interesa. Y nos debe interesar a cuantos estamos preocupados por la causa de Jesús en el mundo y en la historia.

Para terminar, quiero reflexionar, siquiera brevemente, sobre unas palabras de Jesús que son especialmente significativas. El evangelio de Juan nos recuerda el siguiente texto de Jesús: "Este es el mandamiento mío: que se amen unos a otros como yo les he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" (Jn 15, 12-13). Estas dos frases van concatenadas la una a la otra, de tal manera que la segunda depende de la primera. En la primera, Jesús manda que "se amen ustedes unos a otros como yo les he amado". Jesús, por tanto, se pone a sí mismo como modelo. Ahora bien, la muerte de Jesús fue una muerte violenta. Por lo tanto, cuando el mismo Jesús añade: "no hay amor más grande que dar la vida por los amigos", evidentemente se refiere también a una muerte violenta, que quiere decir: no hay amor más grande que el que muestran los mártires. Porque sobreponerse al instinto de conservación, superar el miedo natural a la tortura y a la

muerte, son los gestos de mayor grandeza de espíritu que un hombre puede realizar en esta vida. Por eso Jesús los pone como modelo y ejemplo. Porque libre y conscientemente dan lo más que una persona puede dar.

Por otra parte, un hecho así, no se improvisa. Supone una trayectoria en la vida. Y sobre todo, supone unas opciones muy fuertes, más fuertes que la misma muerte. En este sentido, todos tenemos el firme convencimiento de que si mataron a nuestros mártires, es porque, desde mucho tiempo antes, ellos habían tomado opciones muy decisivas en la vida. Ellos habían optado, exactamente como Jesús, por el pueblo, por el dolor del pueblo, por la suerte y el sufrimiento de los pobres. Y habían tomado estas opciones no sólo en la intimidad de su corazón y de sus conciencias, sino públicamente, notoriamente, provocativamente. Y eso fue lo que les costó la vida. Por eso, cabe decir, con toda objetividad, que estos mártires se parecen más a Jesús que otros mártires,

que ha habido en otros tiempos. Porque ya es importante y meritorio morir por defender los derechos o los intereses de la Iglesia. Pero no cabe duda que es más importante y más meritorio morir por defender los derechos y los intereses de los pobres. Sin duda alguna, en eso hay una mayor semejanza con Jesús.

Termino ya. No está en nuestras manos y a nuestro alcance el morir en el martirio. Pero sí está en nuestras manos y a nuestro alcance tomar las opciones que tomaron ellos. Para decirlo más claramente: en nuestras manos y a nuestro alcance está el ponernos de parte de los pobres, luchar por su causa, defender la justicia, denunciar el mal, esté donde esté y se le llame como se le llame. Ojalá el ejemplo de nuestros mártires sea para nosotros, no sólo un motivo de admiración y de estima, sino sobre todo una fuerza que nos lleve a optar y a luchar por los pobres como ellos lo hicieron.

